

## CAPÍTULO VI

**E**L nombrado entró, no sin antes decir desde la puerta: ¡con permiso! Luego tendió una mano á doña Felipa, saludó á sus hijas y dijo á Pepe León que se había puesto de pie. ¡No se moleste por mí! —¡no es molestia!—replicó el comandante. Doña Felipa intervino y presentó mutuamente á los dos hombres... ¡Don Demetrio López, uno de nuestros mejores amigos!... ¡Don José León, mi hijo futuro!... Cambiáronse las cortesías y apretones de manos, de rúbrica, y todos se sentaron...

Sin saberse su profesión venteábase

en seguida el hortera en la persona de Demetrio. La sonrisita de almíbar, aprendida detrás del mostrador en holocausto al dios público y las maneras cortadas, breves, un poco teatrales, le delataban; los santos y los tenderos tienen un ambiente que les descubre; por instinto esperábase al oírle hablar que dijese el precio ó la clase de una tela, y se le echaba de menos en la mano la vara de medir. Era, por ende, Demetrio el símbolo de lo vulgar. Ni aún en su falta de belleza ostentaba ningún rasgo típico; á veces una nariz descomunal ó un color cetrino dan á la fisonomía carácter propio. Sus ojos se parecían á todos los ojos; sus facciones no discrepaban en nada de las del resto de los hombres; podría haber pasado muy bien por hermano de todo el mundo, y para colmo de desdichas, si la cara calzaba tales puntos, el cuerpo, con sus brazos colgaderos y larguiruchos y las piernas tórtigas y flacas, completaba la histriónica figura del pobre diablo.

Por dentro era Demetrio como por fuera: liso. No había que buscar en sus

pupilas brillos ni resplandores; sus miradas no pasaban más allá de la crinolina y del madapolán. Cuidado que apenas llegaría á los treinta y cinco de edad, pero á no dudarle sus pensamientos se hallaban en su cerebro como empaquetados y distribuidos en alguna anaquelaría, y esto explicaba la carencia de todo arranque; en la fisonomía del buen tendero no se reflejaba el fulgor de fragua característico de las pasiones cuando las aviva y azuza la juventud, ni en su frente se vislumbraba el martilleo continuo de la voluntad en el yunque de la vida. Nada, era aquel un hombre sin tempestades ni aludes, un alma en las nieves perpetuas; charlaba no poco fuera del local del comercio pero sin alterarse en lo más mínimo; diríase que en vez de hablar despachaba ideas y palabras; entraba en lo posible que amase á alguna mujer, tan entraba que ya la quería y con firmeza y tesón, pero sin decirselo, silenciosamente, sin determinarse á saltar por encima de su extraña timidez, dejando hablar un poquito á los ojos y nada á la lengua. De que

no le había más bueno en el mundo no cabía sospecha, y sencillo, sin nubes, todo corazón y honradez se conservaba tan virgen y tan recto como cuando vino de las astúricas montañas á barrer la tienda de la calle de Toledo de Madrid, donde comenzó á aprender el arte del mostrador.

Demetrio llevaba en la mano un envoltorio que por la forma parecía una caja ó un libro, liado con la habilidad de dedos que denuncia al comerciante. En cuanto se sentó, desarrolló el periódico con que traía tapado el paquete y cuyo diario dobló cuidadosamente por instinto de clase, guardándolo en el bolsillo, y luego, tomando el tomo empastado oculto por el papel, se lo dió á Lola diciéndola con cariño, pero sin atreverse á dispararla una mirada.

—¡Aquí tiene usted la novela de Fernández y González que deseaba leer, para que vea que yo no me olvido nunca de mis amigas!...

Lola cogió el volumen replicando con cierta frialdad cortés, ¡muchas gracias!... y sin añadir una letra abrió el ejemplar y se puso á ver las lám-

nas. Doña Felipa, á quien no se le iba ninguna, plegó las cejas con cierto encono y disimulando su iracundia exclamó cariñosamente para entibiar el hielo de su hija:

—¡Es usted muy bueno con nosotras, Demetrio, y ya sabemos que nos quiere de todas veras!...

—¡Puede usted asegurarlo, D.<sup>a</sup> Felipa!... balbuceó algo cortado Demetrio.

Juanita y Pepe León callaban y hacían esfuerzos por no soltar la risa; ¡este hombre es tonto de remate!... pensaba el militar. Demetrio le miró casualmente y entonces, pareciéndole al comandante ridículo su silencio, exclamó aprovechando la coyuntura del libro para trabar conversación:

—¿Es usted aficionado á la literatura?...

—¿Quién, yo?... repuso el comerciante; ¡deliro por ella!... ¡Para mí el mayor gozo es leerme una buena obra!... ¡Sobre todo la novela histórica me entusiasma! ¡Mi autor favorito es Ortega y Frías! ¡Pero ya no se escribe como antes; eso se ha acabado; el gusto está perdido; yo recibo todas las

semanas dos ó tres cuadernos de publicaciones á que estoy suscrito y no lo he dejado ya por no quedarme con tomos descabalados!...

Demetrio pronunciaba con afectada pulcritud, soltando los ados y los idos sin comerse la d, ó sea sin la contracción que el uso autoriza, resultándole la dicción sumamente enfática. El comerciante hizo una pausa y luego siguió encarándose con Pepe León:

—¿Usted no conoce á Ortega y Frías?...

El comandante no entendió la pregunta y contestó con naturalidad:

—¡No señor, no lo he visto nunca!...

—¡Si no digo que usted lo conozca personalmente, sino sus novelas!...

El error cayó en gracia; todos se echaron á reir; el mismo Pepe León coreó las carcajadas y exclamó después, soltando lo que se le vino á la boca tal como le pasó por las mientes:

—¡Ah!... yo creí que usted se refería al autor. ¡Pues no, no conozco nada suyo!... ¡Con esta vida azarosa de la milicia, qué se yo el tiempo que hace que no agarro un libro, y en mis años

de academia yo no leía más que á Paul de Kok!...

A Juanita no la gustó la confesión, porque se puso algo seria y sin duda debió advertirle de algún modo expresivo que no se deslizara, acaso arriándole un pisotón por debajo de la mesa, pues el comandante arrugó el entrecejo y miró á su novia como pidiéndola explicaciones.

Lola sujetó segunda vez la risa al oír la espontánea declaración de su cuñado venidero, y doña Felipa, tomando cartas en la charla, exclamó dirigiéndose al comandante:

—¡Pues es menester que sepas tú que Ortega y Frías es uno de los que mejor escriben hoy!...

—¡Escribían, mamá, que se ha muerto!... la interrumpió Lola yéndole á los alcances para remediar en lo posible las que soltara...

— ¡Bueno, mujer, lo mismo da!... ¡Qué materialista eres!... ¿Usted ha leído, Demetrio, "El tribunal de la sangre"?

—¡Cuidado el interés que tiene esa obra!... ¡Si es que parece que le pasa

á una!... ¡Digan lo que quieran no hay siglo como el diecinueve!...

La mollera de doña Felipa se quedó, sin duda, satisfecha de la frase, pues la señora interrumpió su charla un momento atajando un punto que había dejado escapar en su éxtasis. Como ninguno de los presentes se interesaba por la supremacía de tal ó cual siglo, dieron por sentado que el contemporáneo era el mejor, y mientras el comandante hacía incapié por reanudar su diálogo íntimo con Juanita, y Demetrio atisbaba á Lola, que le huía las miradas, doña Felipa continuó impertérrita, entrándose con la osadía de todos los cerebros dormidos por los andurriales de la literatura.

—¿Vamos á ver? ¡El *Quijote*!... ¿Ustedes han leído el *Quijote*?... ¡Yo declaro francamente que no he podido embestirlo!... ¡Es menester que sepan ustedes que aquello se le ocurre á cualquiera!...

Ninguno de los oyentes acababa de entender la obra inmortal de Cervantes; la luz del sol no llega nunca á ciertas simas. Sin embargo, Lola

recordaba muchas de sus escenas de cuando ejercitaba en el análisis en el colegio; después habíalo leído más extensamente aunque sin concluirlo, y si bien su carencia de educación literaria la impidió siempre apreciar del todo las grandes bellezas del libro, á su talento natural, dotado de una fuerza ingénita de observación, no había escapado la inmensa trascendencia del Quijote y admiraba, sin darse cuenta del por qué, lo que allí resplandecía, como los niños á quienes embelesa por instinto la llama. Así, pues, Lola fué la que replicó á su madre:

—¡Pues yo encuentro mucha verdad en el *Quijote*, mamá!... Mira que á Sancho se le ocurren unas cosas...

—¡Pues, hija como yo no soy una sabia como tú, confieso que me aburre!... ¡Luego!... No puedo; ¡vamos, se me resisten los términos que tiene... follón. . hi... de pu... qué se yo cuántos más! ¡Es menester que sepas tú que eso es una indecencia!.. ¡No le falta más que echar *silletas*!...

Todos rompieron á reír oyendo la ocurrencia de doña Felipa, que se

quedó tan oronda, soltando ella también una carcajada desmedida. Lola sin embargo, sólo se sonrió y se puso colorada, haciendo con disimulo una seña á su madre para que se reportase. Pepe León exclamó regocijadamente y con algo de chungu.

—¡Pero, doña Felipa, usted no repara en la época en que se escribió ese libro!...

Doña Felipa se sentía orgullosa de su gracia, y juzgó oportuno insistir en ella; replicó, pues, riendo á gritos y con unas voces descomunales:

—¡Pues era una época bastante ordinaria!...

A Lola se le pintaba un gran disgusto y conocíasele la mala impresión que los disparates de su madre le producían, no ya por su calidad, sino por la complacencia con que los menudeaba, poniéndose en ridículo. Tenía doña Felipa una de esas risas fáciles y prontas prendidas á los labios con alfileres, que estallan con cualquier motivo, alborotadoras hasta avecindarse á la tos, brutales y oscuras, que son anejas á la falta de inteligencia y que revelan el

enrarecimiento de la masa encefálica; las personas que así se ríen, viven con los ojos tapados y no se conocen nunca.

Doña Felipa, lenguaraz de suyo y acostumbrada á no dejarse domeñar por nadie, hasta en la conversación pretendía sobresalir y era, por añadidura, de carácter alegre y chirigotero, y amiga de referir cuentos y chascarrillos. Incapaz, luego, de distinguir la risa de la educación de la hilaridad producida por la verdadera gracia, juzgábase ocurrente y chistosa, soltando con la menor coyuntura aquellas carcajadas y aquellas anécdotas impropias de sus años, y que desesperaban á Lola, tan discreta, tan comedida, tan pulcra y tan empeñada inútilmente en que su madre aprendiera una profunda máxima, de admirable enseñanza para la vida: la de saber callar á tiempo.

—¡A mí lo que más me incomoda del *Quijote*, dijo á esta sazón Demetrio, es el lenguaje antiguo! ¡Yo creo que deberían arreglarlo al castellano moderno y ganaría mucho!

Demetrio se quedó tan á orondo con su salida, pero doña Felipa no se queda-

ba muy conforme y añadió de remate:

—¡Desengañese usted, aunque la mona se vista de seda!...

Sin sentir se habían echado encima las diez y media de la noche; ya no quedaba tiempo para jugar una brisquita por señas, á lo que se mostraba grandemente aficionada doña Felipa. Don Manuel no tardaría en venir del café... ¡tac, tac, tacl! ¡Ahí estaba! Acababan de sonar en la puerta de la calle tres aldabonazos! Entonces y "para no hacer bajar dos veces la escalera á la criada" despidiéronse los dos hombres, la sirvienta se adelantó con una vela en alto, encendida, siguiéndole Demetrio y Pepe León; todos tres se hundieron en la obscuridad de la escalera; á poco oyóse chirriar la llave en el portal, se escucharon en el silencio del sitio voces de personas que hablaban y luego se despedían, y por último repercutieron en los escalones las lentas pisadas de don Manuel que subía en pos de la muchacha, siguiendo su luz como viajero que se orienta en las sombras de la noche por el haz de reflejos de la estrella polar.





## CAPÍTULO VII

**M**IGUELITO Cruz había ocultado sus relaciones á todo el mundo, sufriendo una gran contrariedad cuando sus compañeros las ventearon, y como no recibía cartas de Lola por el correo, precisamente para que en su casa no extrañasen tal correspondencia, nada sabía su familia de estos amoríos. Miguelito Cruz era por temperamento formal y recogido; durante sus años de bachillerato, en los que sacó siempre las mejores notas, tenía pocos amigos, y apenas si gustaba de los juegos bulliciosos de la infancia, que son en los niños tan naturales como la espuma blanca en

las caídas de las torrenteras; su mayor gusto se cifraba en la lectura, de viajes sobre todo, empleando cuanto dinero recaudaba de padres y tíos en coleccionar las obras de Julio Verne, que constituían su embeleso; su madre le llamaba á Miguelito Cruz mi viejillo. Llegó la edad de elegir una carrera; el muchacho no sentía inclinación determinada por ninguna, y cediendo á las instigaciones y deseos de su tío el juez de primera instancia de Salamanca, decidióse por estudiar Derecho, con la idea de ingresar en su día en la judicatura. El padre de Miguelito había cuidado de apartar siempre á su hijo de las compañías viciosas, y el mozo alcanzó sano de cuerpo y alma sus veintidós años, concluyendo lo austero de la educación de redondear aquel carácter sobrio y reposado de suyo, que tendía ingénitamente al aislamiento. Importa advertir que no existía en Miguelito Cruz ni el más leve rastro de romanticismo ni de ñoñez, ni el que se hubiera criado recogido y muy apegado al hogar, significaba que sólo brillase en su en-

tendimiento la faceta de candidez propia de las criaturas mimadas y consentidas. En primer lugar, su padre no le había cortado los vuelos; se limitó á arrancarle las plumas más largas de las alas, para que con el estrabismo rosado de los veinte años juveniles no se remontara más arriba de la atmósfera respirable y beneficiosa para el espíritu; su ingreso en la Universidad, el roce de sus compañeros, la mayor holgura de que disponía, su intuición avivada y esclarecida por aquella existencia más de mundo, le descubrió una nueva luz, que él no sabía de donde brotaba, pero que le arrasaba, fascinándole con sus rayos; entonces su corazón se vistió, por decirlo así, de largo, se abrió á aquel efluvio de vida, y puso su planta en ese pasadizo fragil de cristal que va de la adolescencia á la juventud, y que hay que atravesar de puntillas para no romperlo y despenarse. Su genio poco comunicativo le salvó; no tuvo esos amigos imprudentes y prostituidos que enlodan todos los albores y de los cuales es tan difícil defenderse; un día se

dejó conducir por la visión incitante de la voluptuosidad al fondo de la sombra, gustó el placer, pero tuvo fuerzas para huir de los brazos de aquella diosa del lodo, que intentaba aprisionarle para siempre, y se impuso á la carne. Por entonces conoció á Lola, y su amor le purificó de nuevo, como esas corrientes de aire que ventilan las habitaciones viciadas.

Miguelito Cruz adoraba á Lola con todo el calor estival de los veinte años, y aunque ella le había ocultado meses y meses lo que en su casa acontecía, la tibieza de cariño que su madre le profesaba, el lugar secundario que le cabía en suerte en su hogar, llegó un punto en que el estudiante, coordinando frases sueltas, recordando tristezas no explicadas, *atando* lágrimas furtivas, vislumbró algo, y oyendo la voz instintiva de sus impresiones y el efecto que doña Felipa le producía, díjole una noche á su novia en la tertulia donde se hablaban:—¡Tú tienes disgustos con tu madre!...—Lola no pudo negarlo; la pregunta le cogió tan de improviso, que se le humedecieron los

ojos, faltando poco para que la concurrencia advirtiese su emoción. Entonces, apremiada por él, le confesó todas sus penas, á borbotones, haciendo esfuerzos gigantes para dominarse y aparentar que hablaba de cosas fútiles y apacibles. A partir de la confianza de Lola, el cariño de Miguelito Cruz cambió de cuadrante, y con ese afán romántico de proteger la desgracia, propio de las pasiones adolescentes, adquirió su amor la ternura paternal del pájaro por la cría. Si hubiera podido á esta sazón se habría casado en el acto, á cierra ojos, sin vacilar.

Lola y Miguelito Cruz se habían conocido en la tertulia de estos amigos de doña Felipa, á donde la madre iba con sus dos hijas todos los jueves por la noche; allí se hablaron los dos novios al principiar sus relaciones, doce ó catorce veces en junto, precisamente cuando menos lo necesitaban, en el período tímido en que la sabia Providencia ha establecido el usté, el paseo delante del balcón, la mirada desde la esquina, todos esos preámbulos adorables que dan tiempo á que el amor fer-

mente y se robustezca adquiriendo el vigor del vino añejo. Doña Felipa advirtió bien pronto el amorío de Lola, y durante unos meses fingió ignorarlo, enterándose mientras de las condiciones de "aquel chico". Desde luego no le produjo buen efecto el que estuviese empezando su carrera, y le causó peor impresión el que no contase con otra fortuna que su trabajo y lo poco que le dejara su padre á partir entre seis hermanos, que no sería por cierto mucho, tratándose de un médico numerario del hospital. En estas el buen Demetrio, en cuya tienda compraba de antiguo doña Felipa, dejó traslucir el interés que Lola le inspiraba y comprendiendo la sagaz señora lo pronto y lo conveniente de semejante proporción, puso su veto á los amores de su hija con el estudiante, empezando por cesar de asistir en absoluto á las tertulias donde se veían.

Pero las relaciones de Lola y Miguelito Cruz no terminaron; cuando la pasión llega al deslumbramiento, es difícil extinguirla; los amantes se ven mutuamente espléndidos, se sienten

uno dentro de otro, y sus almas se funden de tal manera que es imposible señalar cuál corresponde á quién y separarlas. El estudiante no había amado nunca; Lola tampoco; la carencia de la tertulia que les alejaba y les impedía hablarse era la primera espina que les clavaba la adversidad; la idea de que ya no podrían dirigirse la palabra en lo sucesivo, les produjo ese ahogamiento que se siente al caer de la altura, pero sus corazones vírgenes, sin carecer todavía ni de una sola de sus ilusiones, no se dejaron abatir por el golpe y Lola no dudó un momento de Miguelito Cruz, y Miguelito Cruz se volvió á prometer á sí mismo el hacerla su esposa.



## CAPÍTULO VIII

**P**ARA dar una idea gráfica y redonda del carácter de doña Felipa baste decir que tenía las condiciones del agua; no hay nada tan turbulento ni tan dócil como una corriente que abandonada á sí misma se pierde y se malogra, y bien conducida fructifica el terreno por donde pasa. Doña Felipa, con su cortedad de alcances, con su negrura de entendimiento, con su falta de educación, era en el fondo buena pero llevaba en su propio genio su mayor enemigo. Dios, que nada deja en el aire, viendo la pujanza del torrente le puso por va-

lle la roca y casó á doña Felipa con un hombre enérgico y viril, de luminoso talento y voluntad inflexible, que supo imponérsela y se la impuso, llevándola á dominar con la fuerza hipnótica con que los caracteres de hierro subyugan á los espíritus tornadizos una vez que éstos se convencen de su impotencia ante la impenetrabilidad de quien las enfrena. Pero doña Felipa quedó pronto viuda, se encontró libre y con dos niñas cuando más necesitaba material y moralmente de su esposo, y el edificio, privado del puntal que le sostenía, se desmoronó.

El marido de doña Felipa, empleado en una casa de banca, no había podido dejar á su familia viudedad ni orfandad de ninguna clase con que defenderse de la miseria. Pero el buitre del hambre no llegó á clavar su garfa de fiera en las tiernas carnicitas de las pobres criaturas y don Manuel, el hermano de doña Felipa, un solterón reenganchado que tenía de sobra con sus veinte mil reales como oficial de Hacienda, se hizo cargo de todos, y el cuervo de la desgracia tendió su vuelo

á buscar otros chicos sin padre por los quicios de las puertas, y en las noches de invierno.

Pero el hermano no era el marido. Don Manuel puso en manos de doña Felipa las riendas de su casa, abrióle su bolsa para que nada les faltase á ella y á sus hijos, quiso mucho á sus sobrinas y nada más; teniendo madre, á ella le competía la educación de las criaturas, doña Felipa no podía dar sin embargo de lo que no poseía: la luz no surge jamás de las sombras y las niñas crecieron, crecieron como eran, con su natural bueno ó malo, al modo de los árboles sin cultivo, y llegaron á mujeres, perfectamente vírgenes del cepillo de carpintero de la educación; la que tenía sinuosidades y asperezas en el alma con ellas se quedó y con ellas siguió viviendo, sin que nadie se ocupara de arrancarles del corazón las ramas malas de la vanidad, de la envidia y de la soberbia. Pero por achaque hartó frecuente, las dos hermanas resultaron distintas y antagónicas en absoluto. Lola se parecía más á su padre; Juanita por el con-

trario tiraba á su madre y era por fuera y por dentro un retrato suyo, y dejándose llevar cada una de las corrientes magnéticas de la simpatía, Juanita y doña Felipa se encontraron semejantes y se unieron, Lola se echó hacia atrás, y se aisló por instinto al verse sola y de esta suerte nació el desequilibrio en la familia.

La identidad de temperamentos é inclinaciones entre Juanita y su madre acabó de echar á perder á ésta en lugar de favorecerla; sintióse robustecida al verse secundada, despertóse una vanidad grande que no era sino un reflejo de la de su hija, y la herpe del lujo apareció un día en la epidermis del espíritu de las dos mujeres. Pero los veinte mil del hermano no daban mucho de sí y precisaba el hacer economías para sostener el presupuesto novísimo. Doña Felipa se encargó de obtener la aquiescencia de don Manuel, ordenador general de pagos de la casa, y con su astucia femenina, comprendiendo que de sopetón sería imposible conseguir nada, desechó la sangría optando por el acónito; poco

á poco le fué metiendo á su hermano en la cabeza la necesidad de que las niñas, al menos Juanita, la mayor, vistieran con el decoro propio de su clase; expúsole que ya estaban en edad de buscarse una proporción que asegurase su porvenir y que no podían vestir por tanto como unas hospicianas, y tan buena maña se dió que logró al fin salirse con la suya. Don Manuel no tuvo la energía que el marido; por el mismo desamparo de su hermana y de su sobrina se creyó más obligado á ceder y se perdió.

No aumentando los ingresos y sí los gastos, no había otro remedio que atacar á la comida; la pitanza se redujo á lo extrictamente indispensable, guardándole á don Manuel una consideración extremada; respetó doña Felipa el principio de su hermano, aunque reduciéndolo en cantidad y en calidad, y desde entonces empezó para éste el reinado de las sardinas y de la salchicha, alternando; en tiempo de fresco poníale un cuarteroncito de salchicha, y en el resto del año tres sardinas, comenzando lo uno cuando se acababa

lo otro. Don Manuel veía tales miserias, y tres ó cuatro veces protestó de semejante tacañería, consiguiendo sólo que le aumentaran otro trocito de embutido, lo que no le satisfizo, pues no pedía para él solamente sino para todos; pero doña Felipa le abrumó á consideraciones sobre lo caro de la vida en Madrid, trató de justificar el empleo de los fondos confiados á su custodia, la tomó, por último, por la dignidad, mostrándose lastimada con aquella censura tácita de sus actos, que equivalía á una patente de mala administradora, y como siempre y haciéndole ver lo blanco negro, concluyó don Manuel por darle una satisfacción y casi casi por animarla á que persistiese en sus propósitos hasta llegar á la dieta absoluta.

Fuera de la cocina, que corría á cargo de una mala criada de á cuarenta reales, suficiente para lo que allí había que guisar, todo el arreglo de la casa pesaba sobre Lola, que no se daba un momento de reposo; ella atendía á la limpieza; ella repasaba la ropa de la semana; ella, con su habilidad

ingénita, desbarataba y reconstituía sus vestidos y los de su hermana, perjeñándolos á la moda, y ella ideaba la manera de adornarse sombreros y capotas, con lazos y plumas de otros casquetes, pero con una elegancia tal que siempre parecían recién comprados. Todo este cúmulo de cosas descansaba en los hombros de Lola, sin que Juanita se dignase ayudarla nunca, como no fuera para coser en las composturas de trajes, y para eso en las propias prendas; bien es cierto que todo el tiempo lo necesitaba para cencerrear en el piano, cuyos estudios seguía en el Conservatorio con la pretensión de obtener el título de profesora. La música, pues, le ocupaba á Juanita la mañana entera en preparar la lección; luego se iba con su madre á cátedra por la tarde y ya en la calle, "lo aprovechaban", como decía doña Felipa, para hacer las compras necesarias y las visitas que debiesen á sus amigos. Doña Felipa era incapaz de ayudar á su hija en lo más mínimo; su condición regalona no se prestaba á grandes fatigas; en cambio, como to-

das las personas ineptas, gustaba sobremanera de criticar y censurar y de meterse en cuanto hallaba á mano, entendiéndose ó no del asunto. De tal suerte y con especialidad en el trueque de trajes con arreglo á las últimas prescripciones del buen gusto, abrumábale á Lola con extemporáneos consejos, proponiéndole los figurines más descabellados y las modas más cursis; como era natural, Lola rechazaba semejantes ingerencias, en cuyos lances acaso los únicos de su vida, contaba siempre con el apoyo de Juanita que no podía menos de reconocer la superioridad de su hermana en estas materias. Entonces se enfurecía doña Felipa, juntaba las cejas, que en ella era la señal suprema de la cólera, y se pasaba seis ú ocho días sin dirigir la palabra á sus hijas, pero incomodada más hondamente con Lola, acaso porque Lola dirigía el doméstico obrador, acaso porque siendo á la que menos quería, le duraba más tiempo su resentimiento y le ulceraban más su amor propio exagerando las observaciones que ella le hacía.

Lola era de natural manso y apacible y soportaba pacientemente su desdicha, procurando agradar y suavizar asperezas y conformándose con su suerte, sin que se la oyera quejarse nunca. A veces, muy pocas, faltábale la calma; cualquier injusticia ó cualquier respuesta soez le revolvían todo aquel limo de amargura, todo aquel fondo de pantano, que su madre y su hermana le creaban en el pecho un día y otro con su conducta; y sin poder contenerse se encaraba con ellas, con la violencia de los caracteres tímidos cuando se enfurecen y abren al fin un cráter á la lava de sufrimiento hasta entonces contenida. Siempre estas disputas solían ser motivadas por doña Felipa, y como Lola acostumbraba á callarse, cuando se defendía acusábale su madre de intransigente y dura y aunque la niña tuviese razón, empeñábase la tozuda señora én pasar por víctima. Pero, por regla general, como Lola sufría en silencio y cedía, daba pocos pretextos á la lucha; dotada de un amplio espíritu, perdonábale á su madre el que se llenara la boca ala-

bando las disposiciones artísticas de Juanita, sin tener una palabra de elogio para ella; libre de la lepra de la envidia, no le dañaban ciertos detalles mezquinos: como el que la vistiesen con lo que su hermana dejaba de usar, comprándole ropa nueva en rarísimas ocasiones; y de tal suerte, si no enteramente venturosa, vivía casi feliz con la felicidad triste y dulce de la resignación.

Lola era la sobrina favorecida por don Manuel; el carácter reposado de éste no compaginaba con el callejeo y las locuras de Juanita y doña Felipa, y gustaba mucho en cambio de la quietud y del juicio de Lola, además don Manuel sentía por la niña, no sólo el cariño nacido de la inclinación, sino un profundo afecto originado por la gratitud. Doña Felipa, sin dejar por eso de querer á su hermano, tratábale con cierta brusquedad fraternal rayana en el despego, y Juanita le consagraba una atención muy superficial y subordinada á las teclas y á los pinguos. Algunas veces, en los momentos de desmayo de la vida que tiran de

nosotros al abismo, pensaba don Manuel en el proceder ingrato de su hermana y de su sobrina, pero no podía abandonarlas; al fin poseían su sangre y las amaba; había que dispensarles sus defectos; en el fondo no escondían maldad; que eran así... y el recuerdo plácido de Lola concluía de llevarse tales pesimismos como el viento del Norte arrambla con las vedijas de los nublados. Lola cuidaba de su tío con un esmero exquisito, le regañaba como si aún estuviera jugando con la muñeca; atendía á todos sus caprichos de viejo, respetándole los achaques de la edad; hábale cogido el tino y estudiado los gustos para que nada le faltase; le adivinaba los pensamientos y desviviéndose por complacerle, se hallaba el pobre señor de modo tal bien asistido y tratado y no carecía de ese mimo sutil que tanto place á la senectud, inundándole el alma, cansada de una placidez perpetua de mediodía. Don Manuel á su vez, no permitía que nadie más que Lola le asistiera; distinguíala sin rebozo, la obsequiaba frecuentemente y la adoraba con una

adoración paternal. Este afecto entrañable no concluía de agradar á doña Felipa, intoxicada por la envidia; pero era impotente para contrarrestarlo y se limitó á tildar de ñoños al hermano y á la hija, sin comprender la intensidad de su ternura.

Lola no había querido nunca, hasta el presente, á ningún hombre. La inesperada revelación de su amor la deslumbró con el chispazo de un relámpago; su vida continuó siendo la noche perpetua; pero ya tenía el alma llena de resplandores. Un día Miguelito Cruz la declaró su afecto; ¡ella, siempre menospreciada y desatendida en un nido sin calor, verse amada!... ¡Parecióle mentira! ¡Dios se compadecía de ella! ¡Tener una madre y no poseer su sonrisa es una desgracia inmensa, un golpe avieso que descarga la naturaleza por la espalda!... La sonrisa del novio vino á iluminar con su haz de luz aquel corazón cuyas sombras no borró jamás el reflejo bendito de la sonrisa materna... ¡Al fin, tras de tantos turbiones que le escaldaron las mejillas con la llovediza de gotas de las tor-

mentas del alma, al fin lloraba una vez de felicidad!... ¡Qué hermoso es el llanto de la dicha!... ¡Miguelito Cruz era buenísimo, la adoraba, sabía decirle unas cosas!... Todo lo que ella echaba de menos en su propio hogar lo llevaba él escondido en el corazón... Lola comprendió que empezaba entonces á vivir, dióle gracias á Dios con una fe profunda por aquel amanecer, y se refugió en el amor de su novio, con el ansia con que los pájaros nuevos buscan el nido en la primera volada al verse solos en el espacio. Por suerte de Lola tropezaba con un espíritu diáfano y recto, como el de Miguelito Cruz, y podía ampararse de su cariño sin el peligro que corre la mujer en estas crisis de la vida, de enlodarse las alas para siempre.

